

ANDALUCÍA

> DEVOCIONARIO

ERNESTO CARMONA Investigador

«El exceso de universidades es malo»

JUAN MARÍA RODRÍGUEZ / Sevilla

Puertas clausuradas; trájín y sorpresa de segurata; corredores silenciosos y dependencias solitarias doblemente aisladas por la desolación de la Isla de la Cartuja en mortal fin de semana. Como cualquier otro sábado, encontramos a Ernesto Carmona (Sevilla, 1948) trabajando, como dentro de una profunda y amniótica burbuja, en su laboratorio del Instituto de Investigaciones Químicas, un centro mixto de la Universidad de Sevilla, donde él es catedrático de Química Inorgánica, y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

La alta investigación exige el sacrificio de un deporte de alta competición. Pero eso a Ernesto Carmona no le pesa absolutamente nada. Es más, le gusta. De vez en cuando, el esfuerzo trae alguna recompensa: la semana pasada, la Generalitat de Valencia premió al científico sevillano con el -muy prestigioso y dotado: 100.000 euros- premio Rey Jaime I a la Investigación Básica. Una excusa para sacar a Carmona de su humildísimo anonimato, propio de una sociedad que no prestigia a la ciencia.

RESPUESTA.— Yo soy sevillano del barrio de Nervión. Estudié Perito Químico. Es curioso: en mi casa no había ninguna tradición universitaria. Mi familia era humilde: padre maestro, madre ama de casa. He sido buen estudiante, pero empollón, no. Me gustaba jugar, el fútbol... Hice Químicas, me marché a Londres a trabajar en un equipo dirigido por un premio Nobel...

PREGUNTA.— Pero no me cuenta que sus padres eran ciegos. Los dos. Algo muy singular, ¿no?

R.— Sí. Eran personas admirables. Todavía me resulta difícil entenderlo. Se desenvolvían en la vida con una naturalidad total y así criaron a cuatro hermanos. Mi padre era maestro del colegio de ciegos, pero para darnos estudios hacía muchas cosas alimentarias: dirigía una rondalla. Salía a las 9 de la mañana y volvía a las 11 de la noche y subía y bajaba de los autobuses y tranvías. Un trabajador nato: creo que mi padre empezó vendiendo cupones en una esquina...

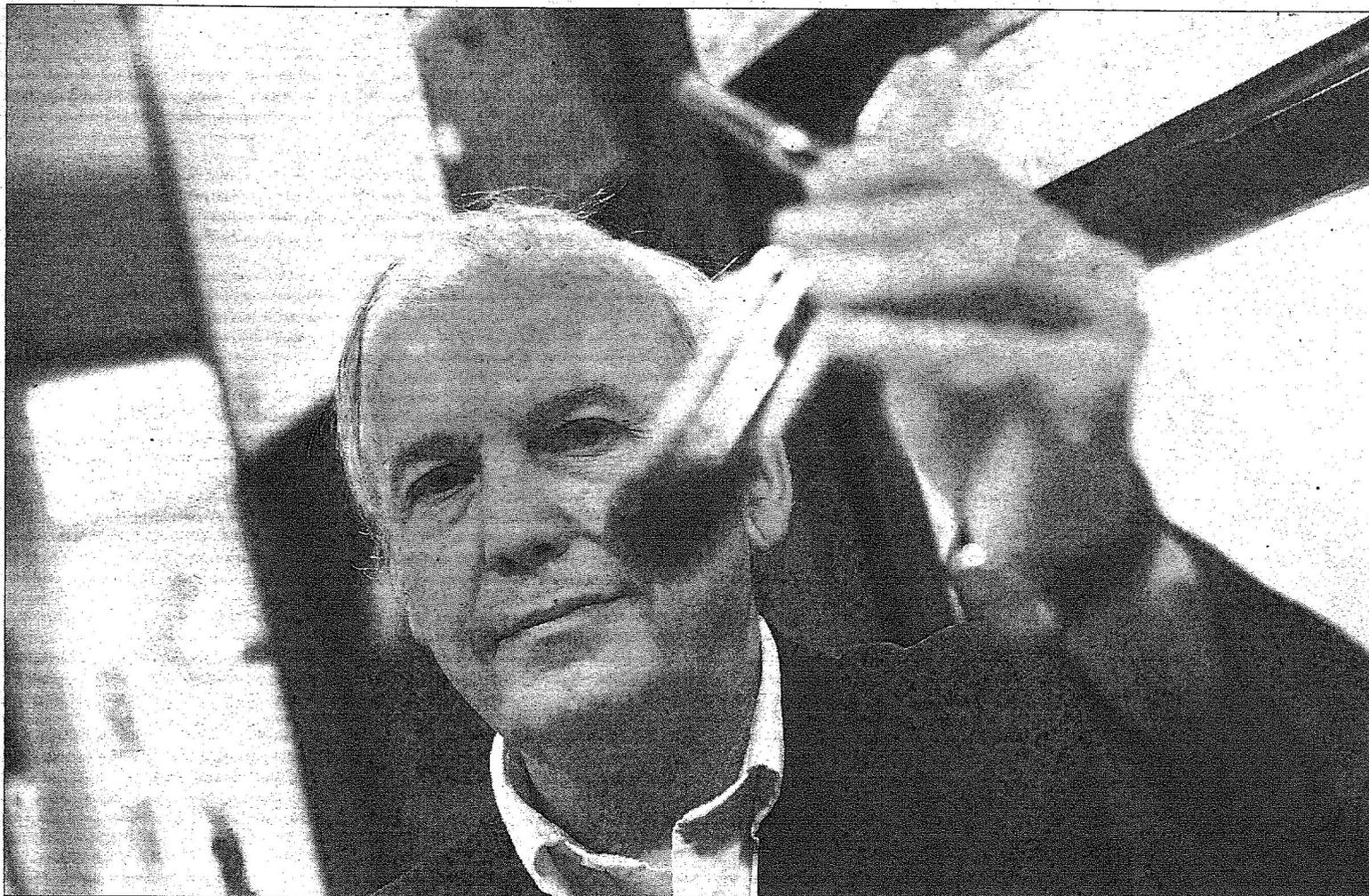
P.— ¿Y cómo es criarse con el padre y la madre ciegos?

R.— Totalmente normal. Nunca noté ninguna diferencia con ninguna otra familia. Yo veía a mi madre hacer de todo en la casa, sola, y ni lo pensaba. Era normal. Ellos nos enseñaron el esfuerzo y el trabajo.

P.— Demasiado bien, por lo que veo. Aquí está, en el laboratorio, otro sábado, como de costumbre, creo. ¿Un adicto al trabajo?

R.— Cuando yo volví de Inglaterra, aquí todavía se daban clases los sábados, tú es que eres muy joven. Ahora se van los jueves por la tarde... Pero, antes, los compañeros trabajábamos los sábados y, al salir, tomábamos una cerveza en La Moneda. En EEUU lo hacen. Y mucho en Inglaterra. Y aquí, más gente de la que se cree. En alta investigación, se trabaja mucho. O no se podría hacer.

P.— ¿Este país perdió el valor del trabajo?



JESÚS MORÓN

R.— A la gente hay que decirle que el trabajo es sano, que da vitalidad, fuerza. El país lo necesita y, además, es muy gratificante. Míreme: yo estoy feliz.

P.— El caso es que usted hace investigación pura, no utilitarista. ¿Eso no es tan bello como frustrante?

R.— Alguna vez hemos hecho investigación útil: plásticos con Repsol que dieron un par de patentes, pero nosotros trabajamos en el origen. ¿Que si eso te hace vivir en otra galaxia? Bueno, nuestro origen son las

«A la gente hay que decirle que el trabajo es sano, que da fuerza. El país lo necesita»

estrellas. Para nosotros es natural hacer moléculas nuevas, pero yo tengo los pies en el suelo y no llegamos a conectar con ninguna «transcendencia».

P.— ¿La ciencia pura no roza la religión?

R.— Einstein decía que las personas más religiosas eran los científicos por su fe en la religión cósmica. Yo me siento en eso. Sólo somos herederos de otras generaciones y de un desarrollo científico que en los dos últimos siglos ha vivido un desarrollo espectacular. Pero ser herederos y transmisores ya es mucho, eh.

P.— Su tesón va a ser premiado con un 5% menos de sueldo.

R.— Eso me molesta enormemente. Aquí pagamos justos por pecado-

res. Los discursos políticos han ayudado a realizar la imagen deteriorada del funcionario. Pero aquí hay gente honesta y brillante que trabaja más de lo que se espera de ellos. Y nos vienen con un 5%... ¡Y ojalá sea el 5, que no lo va a ser!

P.— Su éxito contrasta con el tópico de la fuga de científicos.

R.— Hay fuga, pero no tanta. Y es una tragedia, porque algunos podrían quedarse, eh. Aquí hay que decir que la Universidad está infinitamente mejor que hace 30 años. Yo tengo los medios que necesito. Hombre, si me dieran más... Pero yo no lloro. No me quejo. España, en investigación química, sorprende por ahí afuera. Lo que pasa es que ese ritmo creciente hay que mantenerlo y aquí la investigación y la educación son las primeras en sufrir la crisis económica porque a los políticos les importa poco la ciencia y el Ministerio de Educación se le da a alguien por razones de partido. El Ministerio más fructífero para la investigación fue el de Javier Solana: desde él no he visto nada parecido.

P.— ¿Ve en sus alumnos la misma motivación de su generación?

R.— En algunos, sí, pero la diferencia mayor entre antes y ahora es que el nivel académico de la Universidad ha disminuido sin duda ninguna. Tanto, que el nivel de exigencia también ha tenido que bajar. El porcentaje de los mejores alumnos -y con predominio de las mujeres: las mujeres son más serias que los hombres- es menor. Pero el porcentaje que más ha bajado es el de los alumnos de nivel medio hacia arriba. Ese es muy inferior. Aunque el problema

no es de la Universidad. El sistema educativo no funciona y está muy pervertido por razones políticas y sociales. Me pareció extraordinario que los profesores de Secundaria rechazaran la oferta de 7.000 euros que les ofreció la Junta. Fue un signo de dignidad. De todas formas, yo creo que este bajón universitario se corregirá.

P.— ¿La expansión universitaria ha contribuido al declive?

R.— El exceso de universidades es malo. Es más barato -con una buena

«La investigación y la educación son las primeras en sufrir la crisis económica»

política de becas -traer a un chaval a Sevilla que levantar otra facultad fuera. Tener de todo en todas partes no tiene ningún sentido. Pero es que hoy, hasta los padres nos resistimos a que los hijos se vayan de casa a estudiar fuera, cuando eso es lo bonito. En mi época -yo hice la tesis con Francisco González García, un gran catedrático de Inorgánica que fue rector: hice la tesis con él y me casé con su hija, ja, ja- existía la tradición de hacer la tesis e irse fuera. Es el sistema de fuera. Claro, nosotros no vamos a competir en dos días con una tradición que sitúa a nuestra primera universidad, Barcelona, en el puesto doscientos y pico. No tenemos a ninguna entre las 100 primeras. Perdimos el tren de la ciencia. Hemos te-

nido figuras, pero no masa crítica.

P.— ¿Andalucía está particularmente atrasada?

R.— Estamos atrasados, pero no más que el País Vasco o Madrid, aunque el índice de prosperidad nos sitúa a la cola nacional. Pero las inversiones en proyectos de investigación han sido cuantiosísimas. Fijese: creo que ésta es la sexta vez que la Universidad de Sevilla es premiada en los Jaime I.

P.— Pero los nombres de los científicos no son relevantes socialmente...

R.— Aquí como en todas partes: reconocimiento, ninguno. Es normal y lo acepto como una realidad del país. En Alemania un gran profesor sí es una figura social: pero allí el progreso llegó derivado de la ciencia. Aquí somos una región pobre, agrícola.

P.— Explíqueme algo: por qué los científicos que conozco son todos humildísimos mientras que los escritores, arquitectos o pintores se gastan las infulas del que ha visto a Dios.

R.— Pues es cierto, hay algo de esto. Quizá por tocar la materia todos los días, somos más conscientes de la realidad de la vida. Ése es uno de los grandes atractivos de la ciencia primaria: que no deja lugar a la abstracción. Los de letras viven en un mundo creado por ellos. Nosotros nos esforzamos por la síntesis. Además, viajar y discutir con colegas te hace ser muy humilde.

P.— La imagen de un hombre encerrado en un laboratorio ensimismado con su reacción: una imagen infantil. Anhelante.

R.— Sí, tenemos la misma ilusión del niño que descubre el mundo.